

esfuerzo alguno para aumentar las dificultades que podían oponerse á la marcha de los invasores, y no contentos con interceptar los caminos, amontonando troncos de árboles, la caballería de Wheeler se preparó á hostigar á las tropas de Sherman, en tanto que una brigada de infantería tomaba posición cerca del Salkehatchie con el objeto de entorpecer el paso á los unionistas cuando intentaran cruzar. Todo esto no bastó sin embargo para detener á los federales, pues el 3 de febrero, las divisiones de 1865. Mower y Smith tomaron á viva fuerza el puente conocido con el nombre de River's Bridge, rechazando al enemigo, que se retiró á Branchville. Este combate costó á los federales diez y ocho muertos y setenta heridos, pero en cambio destruyeron todos los puentes del Edisto; el general Kilpatrick, escaramuceando con Wheeler, llegó hasta Aiken, muy cerca de Augusta, y ya el 11, todo el ejército de Sherman se hallaba ocupando la línea férrea, totalmente inutilizada, teniendo en jaque las fuerzas que cubrían dicha población, así como también las de la guarnición de Charleston.

En Orangeburg, que dista trece millas de Branchville, hubo luego algunas escaramuzas á causa de haber intentado los separatistas cerrar el paso á sus enemigos cuando trataban de cruzar el Edisto. Al efecto habían levantado una batería detrás de un parapeto, hecho con balas de algodón y sacos de arena, mas ya se comprenderá que esto no ofrecía suficiente resistencia, puesto que una sola carga bastó para tomar las piezas y desalojar á los separatistas. Las tropas de Sherman cruzaron pues, el Edisto, entre el estruendo de la fusilería y el estampido del cañón, mas al llegar al Congaree, encontraron de nuevo resistencia por estar el puente enfilado por la batería de un fuerte que te-

nían los separatistas cerca del río: el general Woods, cuya división formaba la vanguardia, dispuso entonces que la brigada Stone diese un rodeo y fuera á sorprender el fuerte cruzando por un vado que había á cierta distancia, orden ejecutada con tal acierto, que poco después era tomada la posición del enemigo, el cual apeló á la fuga, y por la noche todas las tropas ocupaban el puente del Congaree, que está cerca de Colombia. La segunda división del ejército, á las órdenes de Slocum, hubo de luchar con no pocas dificultades para cruzar el Savannah, cuya corriente iba muy crecida, sin contar que la caballería de Wheeler no omitió esfuerzo alguno para oponerse al paso de las tropas, pero gracias á la actividad de Kilpatrick, vencieronse todos los obstáculos, y la segunda división del ejército unionista se halló bien pronto en la orilla opuesta. Los defensores de Augusta, que temían ser atacados de un momento á otro, acababan de reunir todas las fuerzas de la milicia de Georgia para defender la plaza, mas no era este suficiente motivo para intimidar á Sherman, pues los restos del ejército de Hood no habían llegado aun, y no temiendo por lo tanto ser molestado, Slocum pudo cruzar los numerosos pantanos que rodean el Edisto, y fué á concentrarse en Lexington, cerca del Saluda, que dista pocas millas de Colombia. El general Howard llegó algunas horas después á las orillas del citado río, cruzó sin dificultad ninguna, y á la noche siguiente echó un puente sobre el Broad, que se halla solo á tres millas de dicha ciudad, haciendo inmediatamente sus preparativos para que se efectuara el paso de las tropas con el mejor orden al otro día. El número de los defensores de la plaza era tan reducido, que ni remotamente podían pensar en oponer 1865. resistencia, y así es que en la mañana del 17

de febrero el gobernador la entregó al coronel Stone, el cual dispuso que sus tropas la ocuparan militarmente. Poco después entraron en Colombia Sherman y Howard; los habitantes circulaban por las calles, al parecer sin temor ninguno, y por lo que hace al resto del ejército, tomó sus posiciones en los alrededores de la plaza, y algunas fuerzas ocuparon el camino de Camden. Llegada la noche, no obstante, y aunque había reinado la mayor tranquilidad durante el día, vióse la ciudad envuelta en un mar de llamas, cuyo suceso dió lugar á que los generales Sherman y Wade Hampton se dirigieran mutuas recriminaciones, acusando el uno al otro de ser autor de aquella espantosa conflagración. Para que nuestros lectores puedan juzgar por sí mismos, copiaremos á continuación dos ó tres informes distintos en que se da cuenta del hecho. Hé aquí lo que decía Sherman:

«Antes de la ocupación de la ciudad redacté algunas órdenes para el general Howard, el cual debía comunicarlas á sus tropas, y en ellas prevenía que se destruyeran los arsenales, las vías férreas, los almacenes militares, y en fin, todo aquello de que pudiera utilizarse el enemigo en perjuicio nuestro, pero cuidando muy particularmente de respetar las casas, colegios, escuelas, asilos públicos y toda clase de establecimientos de beneficencia. Yo fui el primero que cruzó el puente de barcas, y acompañado del general Howard, entré en la ciudad para ver qué aspecto presentaba: el cielo estaba despejado, pero soplaba un violento huracán; la brigada del coronel Stone había tomado sus posiciones en la ciudad; los paisanos y los soldados transitaban por las calles, y en general, reinaba el mejor orden. El general Wade Hampton, jefe de la caballería confederada, á quien no se ocultaba que los unio-

nistas tardarían muy poco en apoderarse de la plaza, había mandado que se sacara á la calle todo el algodón, tanto público como privado, y se quemara desde luego para evitar que cayese en manos del enemigo. En cumplimiento de esta orden, reuniéronse un sinnúmero de balas de algodón en diferentes puntos de la ciudad, é inmediatamente se empezó á cortarlo para quemarlo después. El viento, que según ya he dicho, era muy fuerte, hacía volar los pedazos de algodón, que parecían copos de nieve, y se quedaban algunas veces enredados en las hojas de los árboles ó penetraban en las casas; yo ví que algunas balas estaban ardiendo en el centro mismo de la ciudad, pero según supe, pudo extinguirse el incendio, merced al auxilio que prestaron nuestras tropas. Durante el día pasó por la ciudad uno de nuestros cuerpos de ejército, y fué á ocupar el camino de Camden, mientras las demás fuerzas tomaban posición en los alrededores de la plaza. La caballería se hallaba á dos millas de distancia.

»Antes de que los soldados pegaran fuego á ningún edificio, había empezado á quemar el algodón en varios puntos, según lo mandado por Hampton, y como el viento arrastraba partículas encendidas que se desprendían de las hogueras, comunicóse el fuego á varios edificios, de tal modo, que llegada la noche, no fueron suficientes para extinguirlo los esfuerzos de toda una brigada. Bien pronto llegó el resto de la división Wood para prestar auxilio, pero ya nada bastó para contener al devorador elemento, que á media noche dominaba en la ciudad, convirtiendo una parte de ella en un mar de llamas. Hasta las cuatro de la madrugada, hora en que cesó el viento, no fué posible apagar aquel terrible incendio. Yo no me retiré en toda la noche del lugar de la



catástrofe, y vi á los generales Howard, Logan, Wood y otros hacer los mayores esfuerzos para salvar las casas y proteger á las familias, que se encontraban repentinamente sin abrigo y sin amparo. Esta es la verdad del hecho, y por lo tanto, rechazo toda acusacion contra mi ejército, asegurando al mismo tiempo que á nosotros se debe la conservacion de lo que aun queda de Colombia. Así pues, el general Wade Hampton es el único responsable de ese siniestro; yo no creo que su intencion haya sido pegar fuego á la ciudad, pero fué una locura por su parte, y hasta una falta de buen criterio, adoptar una medida cuyas consecuencias podian ser funestas. Nuestros oficiales y soldados trabajaron cuanto es posible para extinguir el incendio, pero otros que no estaban de servicio, y principalmente los prisioneros á quienes pusimos en libertad al llegar á Colombia, contribuyeron sin duda á propagar las llamas, complaciéndose seguramente en la destruccion de la capital de la Carolina del Sur.»

Bien vemos por el informe que antecede, que el general Sherman no acusa á Hampton de haber querido incendiar la ciudad que ya no podia defender, así como tampoco niega que algunos de sus soldados ó de los prisioneros puestos en libertad, contribuyeran á estender la conflagracion. Tampoco Beauregard, que era el jefe de Hampton, y que dispuso la evacuacion de Colombia, hizo cargo alguno á Sherman, ni el mismo Pollard, que no deja de aprovechar cuantas ocasiones se le presentan para censurar á los aborrecidos *yankees*, se atreve á lanzar una acusacion contra el jefe unionista, si bien parece indicar que solo de él fué la culpa. Hé aquí cómo refiere el hecho:

«Una bandera blanca, izada en la casa de la ciudad, anunció la rendicion de Colombia:

poco despues, precedido por las bandas de tambores y por la música, con las banderas desplegadas y gran aparato militar, penetró el ejército *yankee* por la calle Mayor, dirigiéndose á la plaza del Capitolio.

»Apenas se hubo posesionado el enemigo de la plaza, comenzó una espantosa escena de saqueo y pillaje; los merodeadores y toda la chusma que seguia al ejército, invadieron al momento las calles y las casas; el que necesitaba un par de botas se las quitaba al primero que encontraba al paso; todos buscaban relojes, y á varias señoras les robaron los suyos, llegando hasta el caso de que les arrancaran los pendientes y les sacasen los anillos de las manos, valiéndose de amenazas. No hubo mueble que no se sometiera al mas escrupuloso registro para ver si se encontraban joyas ó efectos de algun valor, y hasta en los jardines, en los sótanos y en las chimeneas de las casas se revolvió y se trastornó todo con la esperanza de hallar alguna cosa escondida por los dueños. Una cuadrilla de ladrones de profesion no hubiera podido hacer mas. El reverendo Mr. Shand, uno de nuestros mas venerables sacerdotes, que se dirigia al colegio de la Carolina del Sur, conduciendo un gran cajon, el cual encerraba los efectos para el servicio divino, todos de plata maciza, fué acometido por un *yankee* y un negro, que amenazándole de muerte, le obligaron á que lo entregase.

»La conflagracion, que redujo á cenizas una parte de la ciudad, comenzó al anochecer cerca de la cárcel, y como soplabá un violento huracan, se propagaron al poco las llamas de tal modo, que ya no fué posible contener el progreso de aquel elemento devorador. Desde las diez de la noche hasta las tres de la madrugada ofreció la ciudad un aspecto tan grandioso como imponente; el cielo parecia adquirir poco á poco un color

rojizo cada vez mas intenso; miles de chispas volaban en todas direcciones, y el estruendo de los tabiques que se hundian ó de las paredes que se derrumbaban, infundia pavorosa tristeza. El aire era tan ardiente que parecia salir de un horno encendido; por muchas calles no se podia pasar; hombres, mujeres y niños corrian en todas direcciones aturridos y como fuera de sí; todos los efectos que se arrojaron de las casas para salvarlos, sirvieron de pasto á las llamas ó fueron robados en el acto, y por último, vióse á muchos soldados del ejército federal, que embriagados completamente, recorrian la ciudad con teas incendiarias para pegar fuego á las casas que se habian salvado. Mas de cuatro mil ciudadanos quedaron sin hogar y sin amparo; desde la Casa de la Ciudad hasta Cotton Town, todo era un monton de ruinas ennegrecidas y humeantes, y de algunas calles de la ciudad ni siquiera quedaban restos. Despues de terminar la destruccion de Colombia, Sherman continuó su marcha hácia el Norte.»

Como la rendicion de Colombia ponía en peligro á Charleston con todos sus fuertes, el general Hardee no creyó prudente permanecer en esta última plaza, puesto que no tenía á su disposicion suficientes fuerzas para oponer una formal resistencia al enemigo, pero antes de la evacuacion, hizo destruir todo cuanto en su concepto podia ser de alguna utilidad al enemigo. No habiéndose achacado esta vez á los unionistas los daños que se cometieron, copiaremos la relacion de Pollard, que servirá de pieza justificante. Hé aquí cómo se espresa:

«La rendicion de Colombia bastaba para indicar cuál sería la suerte de Charleston, y el general Hardee, viéndose flanqueado y reconociendo que era llegado el momento de reunirse con Beauregard y Cheatham para

oponer una formal resistencia á Sherman, resolvió evacuar la ciudad, que tan célebre habia llegado á ser durante la guerra y que tanto codiciaban los *yankees*, pero antes mandó se destruyera todo aquello de que podria utilizarse el enemigo.

»En su consecuencia, antes que las tropas del general Hardee abandonaran á Charleston se pegó fuego á todos los almacenes y edificios donde se tenía depositado el algodón, y aun cuando luego se hicieron jugar las bombas para evitar que se propagasen las llamas, no se pudo dominar del todo el incendio, siendo esto la causa de que padeciese mucho la parte occidental de la ciudad.

»Una terrible catástrofe aumentó los horrores de aquel siniestro: parece que algunos muchachos habian descubierto cierta cantidad de pólvora en el depósito de la via férrea, y con la intencion de divertirse, fueron echándola poco á poco en las balas de algodón que entonces ardian, mas por desgracia dejaron caer una gran cantidad por el camino, formando sin saberlo una especie de hilo conductor que llegaba hasta el polvorin de la ciudad. Fácilmente se comprenderá cuál sería el resultado; una chispa se comunicó á la pólvora, y pocos momentos despues oyóse una espantosa esplosion que pareció conmovér á Charleston hasta en sus últimos cimientos. El edificio, de donde brotó un mar de llamas y de espeso humo, quedó reducido instantáneamente á un informe monton de ruinas; mas de doscientas personas murieron á consecuencia de la esplosion, y luego se encontraron otros ciento cincuenta cadáveres en medio de aquel horno encendido.

»Desde el polvorin se estendió el incendio rápidamente y fué á comunicarse con otros edificios, amenazando destruir toda aquella parte de la ciudad; cuatro plazas, que comprendian el área limitada por las calles de



Chapel, Alexander y Washington, quedaron completamente reducidas á cenizas antes de que se consiguiera cortar el incendio.

»La destruccion proyectada por Hardee habia sido tan grande como se pudiera desear: todos los almacenes de algodón, depósitos, arsenales, puentes y vias férreas, así como también dos buques blindados y otros barcos pequeños, fueron pasto de las llamas, y además se clavaron doscientos cañones que no se pudieron llevar los separatistas.

»Los yankees ocuparon á Charleston el día 18 de febrero, pero ya la ciudad estaba ennegrecida por el humo del incendio;

1865.

en todas partes se veían evidentes señales de ruina y destruccion, y el aspecto de los edificios era una prueba elocuente del heroísmo del pueblo. Un corresponsal yankee, que habia entrado en Charleston con el ejército triunfante, describía del modo siguiente la escena que se ofreció á su vista: «No ví ni un solo edificio que no tuviera la señal de algun balazo; algunas casas estaban deshabitadas y carecían de ventanas ó de puertas por haber reventado en el interior alguna bomba; por do quiera se veían ruinas; las iglesias de San Felipe y San Miguel tenían destrozadas su media naranja, sus paredes estaban atravesadas por diversos puntos, hechas pedazos sus columnas y demolidos algunos de sus altares. Desde la calle de la Bahía hasta la de Calhoun, los proyectiles del ejército federal habian sembrado la muerte y la destruccion.»

Tan pronto como el teniente coronel Bennett, gobernador militar de la isla de Morris, recibió noticia de haber evacuado los separatistas á Charleston, despachó algunos mensajeros, previniéndoles fueran á informarse al fuerte Moultrie acerca de la verdad del hecho; al llegar aquellos á cuarenta varas de distancia del fuerte Sumter, encon-

traron algunos músicos del ejército de Hardee, que se habian quedado atrás, los cuales confirmaron la noticia de haber sido abandonada la ciudad. Poco despues se ordenó al mayor Hennessy que marchara inmediatamente al fuerte Sumter é izase en él la bandera unionista, lo cual se hizo sin pérdida de tiempo, despues de tomar posesion de los fuertes Ripley y Pinckney, cuyos cañones se hallaban aun en muy buen estado. Á eso de las diez de la mañana del 18 de febrero, Bennett llegó á la ciudad, que aun

1865.

no habia acabado de evacuar el enemigo, y acto continuo se hizo la entrega al mayor Macbeth. Al poco tiempo llegaron algunas fuerzas unionistas, que se ocuparon activamente en apagar los fuegos, y así pudo salvarse de las llamas un magnífico arsenal y grandes cantidades de arroz que se distribuyeron entre los pobres de la ciudad. Entre tanto evacuaban los separatistas á Georgetown: el general Hardee, con doce mil hombres reunidos en la Carolina del Sur, se apresuraba á cruzar el Santee y el Pedee antes de que Sherman tuviese tiempo de atacarle, pero éste no pensaba ni remotamente en cerrarle el paso, porque se habia propuesto otro objeto muy distinto.

El general Gillmore, que mandaba entonces en la costa, manifestó en su informe que el número de cañones cogidos en Charleston y sus fuertes ascendía á cuatrocientos cincuenta, muchos de ellos de escaso calibre, y siete rayados, de construccion extranjera. También se encontró una gran cantidad de municiones, ocho locomotoras y muchos wagones, que salvados del incendio, quedaron en poder de los vencedores.

Antes de seguir adelante en la narracion de la gran marcha de Sherman, y como quiera que se haya hablado mucho de la devastacion de la Carolina del Sur por el

ejército unionista, parécenos conveniente hacer sobre este punto algunas aclaraciones, mas para ello, y para la mejor inteligencia del lector, forzoso será copiar tres de los principales artículos de la órden general del día que publicó Sherman antes de ponerse en marcha, para que tanto los jefes como las tropas de su ejército supieran qué conducta deberian observar. Hé aquí cuáles eran los tres artículos citados:

«IV.—El ejército vivirá sobre el país durante la marcha, y al efecto cada brigada organizará una partida de forrajeadores á las órdenes de uno de los mejores oficiales, el cual cuidará de que en los carros haya siempre víveres y forraje lo menos para diez días. Se prohíbe á los soldados que no sean de estas partidas penetrar en las habitaciones ó cometer daño alguno; en cambio cuando se detenga el ejército, se les permitirá recoger legumbres así como también ganado, pero sin alejarse hasta perder de vista al ejército.

»V.—Los jefes de los cuerpos de ejército quedan autorizados para destruir los molinos, las casas, los almacenes, etc., pero se atenderán á las reglas siguientes: en los distritos en que el ejército no sea molestado, se prohíbe cometer daño alguno, pero allí donde las guerrillas entorpezcan nuestra marcha, ó donde los habitantes quemén los puentes ú obstruyan los caminos, cometiendo otros actos de hostilidad, los citados jefes de los cuerpos de ejército usarán de represalias como lo juzgaren conveniente.

»VI.—La caballería y la artillería podrán apropiarse sin escepcion alguna los caballos, las mulas y los coches de los habitantes, distinguiendo sin embargo entre los ricos, que son generalmente hostiles al ejército, y los pobres industriales, por lo regular gente pacífica que se muestra neutral. Las partidas

de forrajeadores podrán también coger caballos y mulas para reemplazar los que se inutilicen, absteniéndose siempre de hacer amenazas; los oficiales darán recibos por escrito cuando se exigieren, y cuidarán de dejar á cada familia una parte razonable de su propiedad.»

Segun era de esperar, los habitantes quemaron puentes y obstruyeron caminos, cometiendo otros actos hostiles en sus respectivas localidades, y como es de suponer, también las tropas, en cumplimiento de la órden recibida, usaron de represalias en mayor ó menor escala, segun el daño cometido por los partidarios de la Confederacion. Prescindiendo de esto, debe tenerse en cuenta que el mero hecho de tener que mantenerse un ejército á costa del país, bastaba para su devastacion, pues las tropas de Sherman, semejantes á una nube de langostas, devoraban todos los comestibles, apoderándose muchas veces de lo que no era para comer. Por esto el general Sherman decia en su informe lo siguiente al hablar de las partidas de forrajeadores:

«Al desempeñar su cometido, cierto es que ocasionaron varios daños, é hicieron algunas cosas que no debían haber hecho, pero en resumen, puede decirse que han satisfecho las necesidades del ejército con tan poca violencia como era posible y sin ocasionar más pérdidas que las que yo calculaba.»

Naturalmente, á los que sufrieron en sus intereses, viéndose mas ó menos perjudicados, no les pareció la *violencia poca* ni la *pérdida pequeña*, pero á decir verdad no hubo muchas quejas respecto á los destrozos cometidos por el ejército unionista. La Carolina del Sur, por ejemplo, fué el Estado que mas sufrió, pues en aquella region la poblacion está mas diseminada que en la Georgia Central, la gente es mas pobre y